

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Las hojas secas

Las hojas verdes, vivas, unidas a la planta, y regadas por su savia, se balancean con la brisa y se agitan con el viento, y cuando cesan la brisa y el viento, las hojas se quedan en calma otra vez, inmóviles en sus posiciones normales. Las hojas tienen unas posiciones normales y propias, de las cuales se desvían cuando sopla el viento, y a las cuales vuelven cuando cesa el viento.

Las hojas verdes se comportan así porque están vivificadas por la savia, y porque comparten las funciones y la nutrición con otros órganos de la planta. Las hojas vivas se balancean, en sus altas posiciones, pero no se desprenden para volar libres. Son siempre fieles a la planta que les da la vida.

Las pobres hojas que no son regadas por la savia, mueren de inanición, se desprenden de la planta, y caen al suelo, mustias, deformadas y secas.

Una vez desprendidas de la planta, ya no participan de su frescor, de su lozanía y de su vida. Las hojas desprendidas ya no tienen vida, pero tienen libertad. Ya son independientes, ya pueden volar y ya pueden recorrer otros paisajes.

Las hojas libres, que han roto todas sus ataduras con la planta, ya pueden volar, pero ¿hacia dónde quieren volar?, ¿o quieren volar hacia cualquier sitio, con tal de volar y con tal de ejercer su nueva libertad?.

Hace años, muchos años, me hallaba yo en Suecia, en la ciudad de Gotemburgo, y un joven sueco, señalando con el pie una hoja seca que yacía sobre el suelo, me decía: "Eso soy yo. Yo soy como esa hoja seca. Si el viento sopla hacia allá, la hoja va hacia allá, y si el viento sopla hacia aquí, la hoja viene hacia aquí. La hoja está muerta y no quiere ir hacia ningún sitio. Va adonde la empuja el viento. Yo tampoco quiero ir hacia ningún sitio. Voy cada día hacia donde las circunstancias de ese día me empujan a ir".

Hojas secas, caída de los árboles. Jóvenes, desprendidos del árbol familiar y desarraigados del bosque social, que vagabundean sin rumbo, moviéndose, sin querer ir hacia ningún sitio. Jóvenes arrancados de todos sus asideros. Jóvenes sin amarras y sin brújula.

Las hojas verdes del árbol, acariciadas por la brisa, producen un suave murmullo de frescor y de vida. Las hojas secas, caídas al suelo, son arremolinadas y amontonadas por cualquier viento.

Las hojas secas, amontonadas, vuelan todas juntas hacia el mismo sitio cuando son empujadas por el mismo viento. Los jóvenes gregarios también van juntos hacia cualquier sitio y, una vez allí, no saben por qué ni para qué están allí. No saben siquiera por qué coinciden allí todas sus vidas y todos sus afanes.

¡Qué triste destino el de las hojas secas: Volar hacia ningún sitio y esperar que, al fin, llegue la pudrición o el fuego!.

No sería correcto terminar estas breves líneas sin formular unas cuantas preguntas que inciten a la meditación: ¿Las cosas ocurren así, porque sí, o porque alguien quiere que ocurran así? ¿Quién pugna por liberar a los jóvenes de sus asideros naturales, para que queden a merced de cualquier viento? ¿Quién sopla con furor para conducir esa grey exánime en unas u otras direcciones? ¿Para qué lo hacen? ¿Cuánto tiempo más durará el sucio juego de liberar y soplar? ¿Quién maneja el supremo ventilador? ¿Llegará el día en que alguien exija responsabilidades por el dolor de una juventud inmolada?.

Según mi modesta opinión, la juventud española debería renunciar a sus sueños de volar por volar, de volar hacia cualquier sitio, porque alguien sopla los vientos y nunca llegará a saber quién es. Sería mucho más prudente que se anclase en sus raíces, que se aferrase a sus asideros naturales, y con esos apoyos, se trazase un camino recto, y lo siguiese con tesón, por muy espinoso que sea, y por muy fuerte que soplen los vientos laterales.

(*) Profesor de Investigación